

CERTAMEN INFANTIL DEL DIA DE MODA



1.º Perico; 5 años; Barcelona.—2.º Pepita; 4 años; Barcelona.—3.º Robertito; 3 años; Santander.—
4.º Luisito; 3 años; Barcelona.
La próxima semana publicaremos ocho retratos en la cubierta, a tres colores.



SE PUBLICA LOS JUEVES

Director
Julio Victor Tomey

Redacción y Administración
Aribau, núm. 13, bajos

¡QUÉ TIMIDEZ! por Joacis.



—Y para ofrecerme tu amor... y demás, te pones colorado?

PRELUOIO



El calor se va haciendo inaguantable.

Nos estamos liquidando en sudor, y eso no está bien.

No sé como esos sabios que conocen á las mil maravillas el firmamento, no le ajustan las cuentas al pícaro Febo, aconsejándole que vaya á otra parte á veranear.

Nadie tiene ganas de trabajar. Los negocios están paralizados por completo, y en los comercios no se vende nada, según la eterna frase de los comerciantes.

Hay sastres que se quejan de no haber vendido una capa desde hace más de cuatro meses.

Otro conozco, que por vender algo, ha vendido el mostrador y la sotana de un canónigo, que le habían dado para componer.

No obstante esto, en algunos comercios cualquiera diría que hacen su agosto á su debido tiempo, según lo favorecidos que se ven.

En ellos nunca están inactivos los dependientes.

Porque tienen parroquianas capaces de hacerlos trabajar días enteros.

—Buenos días, Crisóstomo—dice dirigiéndose á un mancebo una señora, al parecer, que usa el acento propio de la propia Sevilla y la charla infinita de las sevillanas.

—Felices, doña Escolástica—contesta aquél, poniéndose á temblar como si *gozase* del baile de San Vito.—Hace más de un año que no la vemos. ¿Qué desea V.?

—¡Ay, hijito! En primer lugar sentarme, porque con *estas* calores está un mismamente rendía, salva sea mayormente la comparanza.

—Vaya, siéntese V.

Doña Escolástica, después de arrellanarse en una silla, se seca el sudor con suma delicadeza para despojarse lo menos posible de los ingredientes que ocultan su faz.

Porque la buena señora, aunque andaluz del todo, se permite pintarse el rostro al óleo.

—Ya habrá notado V. que voy de luto.

—Sí, ya he notado algo—murmuró el infeliz dependiente, quizá aludiendo á su temblor.

—Murió hace seis meses mi pobre maridito, y después ¡ay! le enterraron.

—Vaya, cuánto me alegro...

—¿Qué dice V.?

—Nada, señora; es que con este calor no para uno atención en lo que dice.

—Pues sí, padeció una enfermedad horrible. Se le hinchó el vientre de un modo... ¡Ay, *maresita!* daba vergüenza ir con él por la calle, porque decían las gentes unas cosas que se le subía á una *la* rubor hasta salva sea la parte. Su enfermedad fué causa de que yo me volviese celosa.

—¿Tenía V. celos de la dolencia?

—Ca, no señor; de la criada.

—¿La amaba?

—Nada de eso. Es que ella solía propasarse y le daba golpecitos en el vientre y le tiraba de los botones del chaleco.

—¡Oh! ¡qué amor tan violento!

—Le diré á V. Como el pobrecito mío había perdido ya la forma humana y la doméstica era algo distraída, el confundía con el tonel y se empeñaba en que había de manar.

En fin, al cabo murió una tarde y yo lloré tanto... Ya ve V., desde entonces voy tan ennegrecida.

Efectivamente, la viuda todo lo lleva negro; vestido, cabello, medias, ojos, zapatos, etc., todo menos la cara, la que

va rebozada convenientemente en coloretete.

—Y á propósito; quiero que me hagan Vds. una camisa de raso negra.

—Perfectamente.

—Es que si no me la hacen perfectamente la rechazaré.

Y la oscura señora exclama de pronto, como si fuere pecado llevar camisa de aquel color:

—No es para mí, ¿sabe V.? Es para Teresita, una amiga mía que va á casarse por lo civil. La quiero con cintas azules, porque lo azul también me gusta mucho, es decir, le gusta á Teresita, porque, ya lo he dicho *enantes*, para Teresita es la camisa. ¿Quiere V. tomarme medida?

—Pero...

—Le diré á V.; mi amiga es del mismo tamaño que yo, de la misma anchura, de...

—Sí, sí; comprendido.

—Ya sabe, que sea exactísima. De lo contrario...

—Descuide V.

—No olvide nunca que es de mi misma longitud. ¿Tiene V. medias negras, que sean elegantes y baratas?

—¿Para Teresita?

—No; para mí.

—Ya lo creo; tenemos inmenso surtido de ellas, á mitad de precio.

—Bien; ya rebajaré yo de la otra mitad.

La buena señora hace revolver la tienda.

—No quiero molestarle—exclama á las dos horas cabales.—Estas.

—No; si no es molestia... vaya... ¿quiere V. probárselas?

—No. Ya me las probaré en casa, á solas. Ahora una camiseta.

—¿Para V.?

—No, hombre.

—¡Ah! Comprendo; para Vicentita.

—Tampoco. Para un primo mío que es capitán.

—Le advierto á V. que no las tenemos con estrellas.

—¿Tienen enaguas con querubines?

—Si le son igual con jaretón...

—Quiero decir con bordaditos de capricho. Son para una chica candorosa.

—Ya, ya. Para Teresita.

—Justamente.

—¿Negras también?

—No; con respuntes. Saque V. también pañuelos con cenefa.

—¿Quiere V. probárselos?

—No hace falta.

Por fin á las doce de la mañana, doña Escolástica, que está en la tienda desde las siete, se va desazonada, porque el precio de la camisa de Vicentita es excesivo, é igualmente caro todo lo demás.

El dependiente enferma de jaqueca; el aprendiz no termina hasta las cuatro de la tarde de arreglar todo lo que á la viuda le han presentado y el dueño se mesa los cabellos como un héroe de melodrama exclamando con un tonillo que parte los corazones:

—¡Eso es! Estudie V. la carrera de comercio, aprenda á medir y sufra latas horribles para no ganar luego ni un maravedí.

¡Pero cómo está la sociedad!

JULIO VÍCTOR TOMEY.





SONETOS

Yo he encontrado muchachas celestiales
cuyos ojos mis ojos inflamaban
y he encontrado usureros que llevaban
por cada duro al mes doscientos reales.

Yo encontré multitud de irracionales
que con los racionales se mezclaban,
y también botarates que ocupaban
en la nación los puestos principales.

Y encontré al inocente en carcelado
y al criminal en libertad completa,
por do quier paseando descuidado,
y, sin ser carnaval, mucha careta.

¡Todo esto hallé... mas fui tan desdichado,
que no encontré jamás una peseta!

FELIPE PEREZ.

Yo era joven y hermoso todavía;
soñé, en un sueño de color de rosa,
que una mujer fantástica y hermosa
cabe mi lecho aparecer veía.

Me amaba con pasión y la quería;
su espíritu, cual leve mariposa,
vuela á mi alrededor; y al fin se posa,
exaltando mi ardiente fantasía.

¡Me incita con el beso de su boca!
¡yo la contemplo fascinado, ciego!
¡se agita el alma! ¡el corazón me late!

¡Su mano de marfil mi mano toca..!
—Y era la mano ruda del gallego
que me lleva á la cama el chocolate.

TEODORO GUERRERO.

PAISAJE. (Cuadro de E. Soler de las Casas.)



ÍDILIO-ELEJÍA

I

Empezaba para mí una convalecencia no tan pesada, pero indudablemente más larga, que la pesada enfermedad de cuyas garras había logrado al fin desprenderme, á fuerza de repartir dinero entre médicos y boticarios.

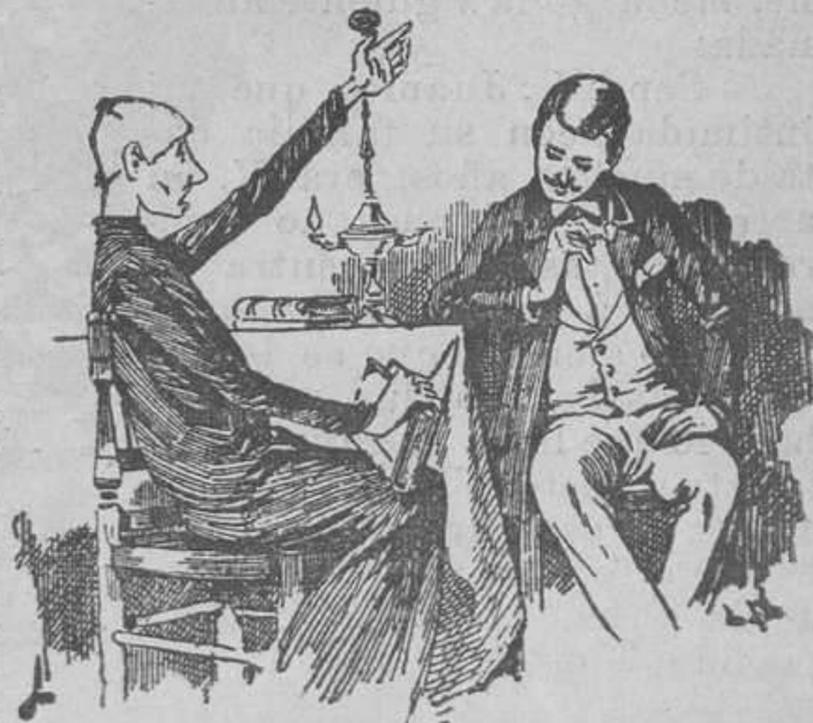
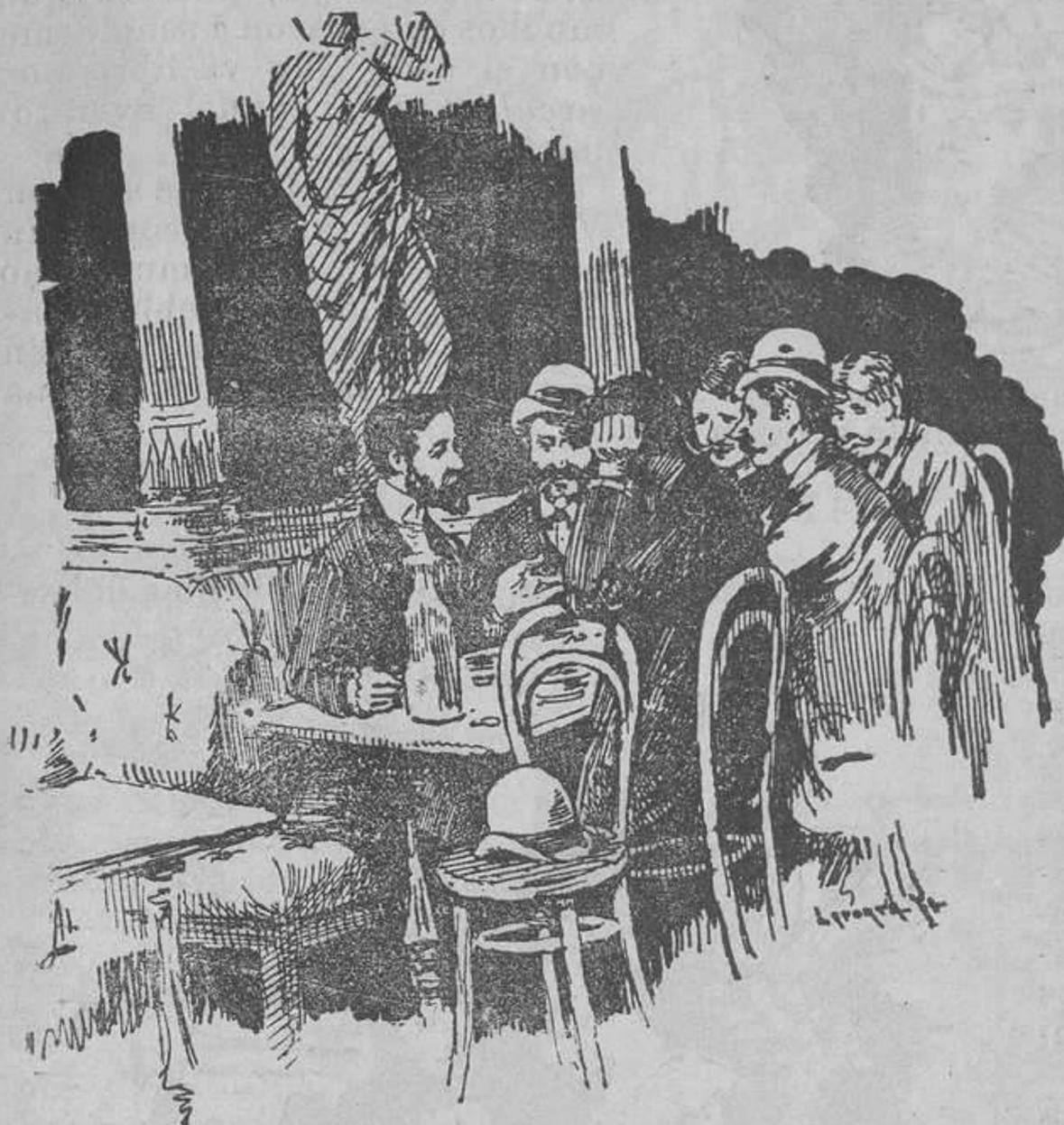
El Doctor me aconsejó los aires del campo, y como en este consejo anduvimos conformes Pero Grullo y yo con el que lo daba, volé á la aldea lo antes posible.

Aunque sea el dato de poca importancia, diré que la aldea se hallaba situada en el empalme de dos carreteras, que sus casitas blancas rompían la monotonía de extenso valle y que la rodeaban montañas de considerable altura.

También debo advertir (y esto ya es para mi relato más esencial) que en tal perfumado recinto había yo visto deslizarse muchas horas de mi niñez, con lo cual queda dicho que, aunque no hiciese memoria ni de una persona de aquellas cercanías, era yo popularísimo en la comarca.

No hubo quien no me ofreciera lecho, abrigo y comida en su hogar, ni menos quien

no usara mi nombre en diminutivo para llamarme. Claro está que desde el primer momento agradecí en el alma semejante hospitalidad; pero á fuer de buen historiador, he de confesar que la vida de Villaclara se me hizo insoportabilísima apenas llegué. Acostumbrado de toda mi existencia al bullicio de Madrid, á la vida de sociedad, á Fornos, á las mujeres elegantes y livianas; á la buena música y á los toros; al barullo constante; al trato de gente ilustrada, y á otras cien cosas que eran por mí más adoradas cuanto más me rendían, natural y lógico fué que Villaclara (con sus carreteras, sus montañas, sus fuentes y su río) me pareciera una tumba muy hermosa, pero sepulcro al fin, y reñido como tal, con las ansiedades de los vivos: un jardín donde todo (menos las flores, el aire y la luz) era zafio, desagradable y monótono. Si hubiese tenido afición á la Botánica ó á la Geología, menos mal, porque piedras y flores curio-



sas ya he dicho que no faltaban allí; pero es el caso que no tenía yo, afortunada ó desgraciadamente, ni asomo de aficiones tales.

Tiburcio, un seminarista más misántropo que el célebre personaje de Molière, pasaba por ser el sabio del lugar, y apenas dió conmigo, comenzó á enjaretarme sin piedad interminables disertaciones filosóficas, debiendo advertirse que el chico tenía á Balmes poco menos que por hereje.



Para quitarme de encima aquel moscardón, le hablé del pesimista Schopenhauer, y logré mi propósito, pues aunque muchos empezaron á señalarme con el dedo, me ví libre *por sæcula sæculorum* del joven tomista...

Ocho ó diez días llevaba en Villacrara, cuando encontré un amigo. Pablo, un muchacho despejadísimo, de noble corazón y que supo encantarme con

sus atenciones; pasó algunos días en la aldea. Al partir él, nos juramos eterna amistad; aún no nos habíamos confiado ningún secreto.

II

Éranse cuatro chiquillas como cuatro estrellas, la hija y las tres sobrinas del señor Don Juan de la Cruz Menéndez, quien había reunido en América una riqueza regular, que le permitía tener casa propia en su aldea y en la capital de la provincia, agasajar á los cuatro pajarillos que le rodeaban, tomar él un café de refinado sibarita y regalar á sus amigos (yo entre éstos) soberbios cigarros de Hoyo de Monterrey.

Conocí en cierta romería á Don Juan de la Cruz, y de buenas á primeras, gruñe que gruñe, me largó la siguiente andanada:

—Sepa V., Juanito, que mi intimidad con su familia data de muchos años; era V. un arrapiezo... Así, pues, no quiero etiquetas. Usted entra en mi casa á todas horas, come conmigo siempre que se le antoje, charla con las niñas y hace lo que le da la gana en la huerta. ¿Está V?... Y si no acepta V. será un majadero.

—Perfectamente, don Juan de la Cruz. Quedará V. complacido de mi llaneza.



—Ya lo veremos... ¡Ah! Esta tontuela es mi hija Concha.



Me quedé mirándola; en medio de la sencillez de su atavío y de la cortedad de su genio, se traslucía un no sé qué de retozón fino y profundamente simpático que penetraba el alma.

Mi centro de operaciones fué, pues, la quinta de don Juan de la Cruz; con su Concha y con sus sobrinas reí, comí, salté, hice excursiones, jugué á las cuatro esquinas y merecí mucha confianza.

Daba gloria ver á la hija de don Juan, morena, alegre y nerviosilla, montar sobre una jaca en pelo é indómita y recorrer (mientras yo temblaba por ella, y sus primas se burlaban de mis temores) las largas diagonales de la ancha huerta...

Al morir de una tarde, estábamos Concha y yo á solas sentados en un banco de piedra. Empezaba á mostrarse la luna como al través de un tul. La aldea me había vuelto romántico. Concha me enloquecía contra mi voluntad y con más poder que todas las coquetas que en todos los salones han sido; el corazón me hacía presentir algo triste, y mi boca y mi alma dejaron escapar al mismo tiempo este breve y elocuente discurso:

—¡Cuánto la quiero á V.!

Concha me miró con ternura, la ví por primera vez pensativa, y me respondió con ingenuidad de colegiala:

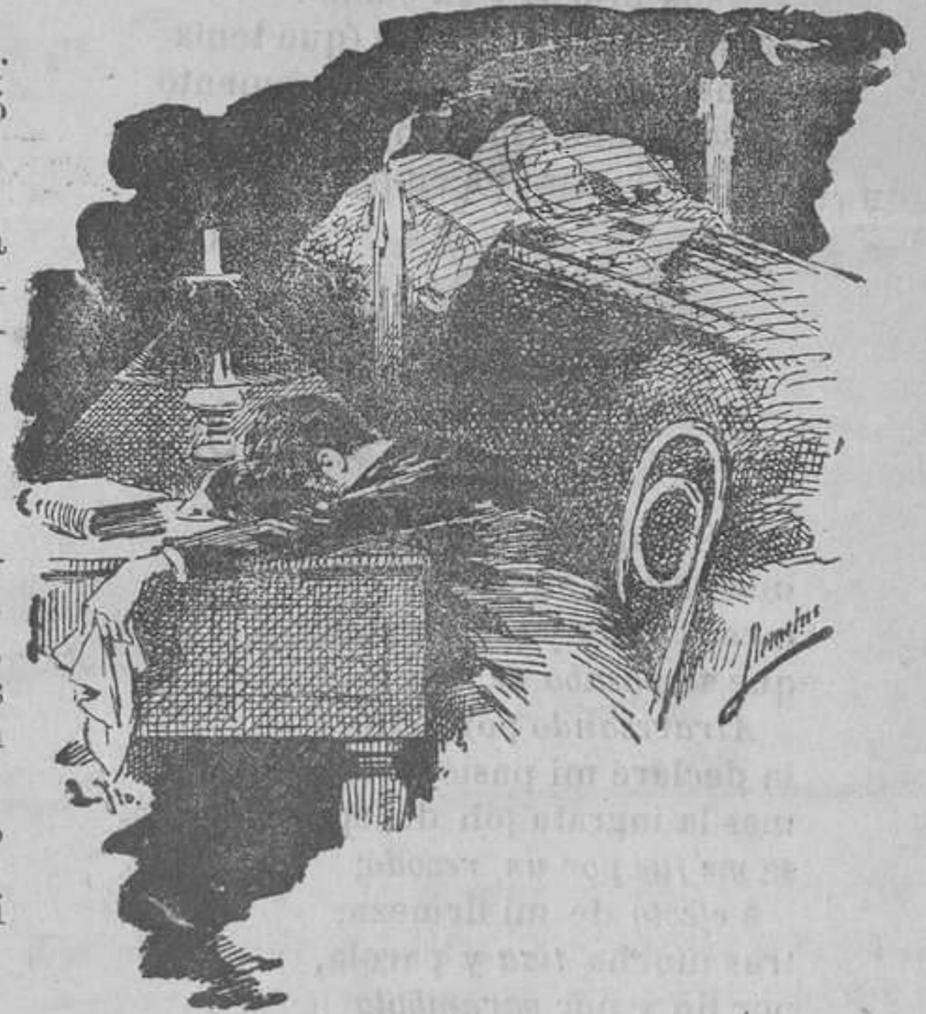
—Tengo novio.

Poco después supe que don Juan de la Cruz obligaba á Concha á casarse con Pablo. La prometida de mi amigo, fué ya sagrada para mí.

III

Concha y Pablo se unieron para siempre y pasé una temporada en su quinta. Pablo era mi mejor amigo; Concha y yo, seguíamos siendo honrados y sólo algunas veces nos mirábamos á hurtadillas con tristeza profunda.

Solía yo jugar con los hijos de Concha, y entonces me desquitaba de mis penas románticas besándolos con frenesí como si fueran míos.



1V

La última vez que fuí á Villaclara llevaba por único objeto darle á Pablo una alegre sorpresa.

Le encontré en el empalme de las dos carreteras; tenía él poco más de treinta años, y sus cabellos habían encanecido desde mi última visita. Me abrazó llorando y no necesité preguntarle por su esposa; contuve mis lágrimas con valor heroico, pero sentí en el corazón un frío de otro mundo. Pablo, mi mejor amigo, no supo nunca que hubo quién llorara más que él la muerte de Concha.

RICARDO J. CATARINEU

Lamentaciones

¡Cuánto diera por verte prenda mía,
dulce ilusión de mis dorados sueños...

¡Cuánto diera por ver tu hermoso talle,
tus brazos y tu cuello!

Si fuera rey, daría mi corona,
por poder libertarte de este encierro,
y si fuera ministro, la cartera,
por atusar tu pelo...

Tú me diste calor, cuando temblando
lloraba los rigores del invierno,
y fiel á mi cariño, en tus bolsillos
guardaste mis secretos.

Tus brazos son cadenas de ventura
y contigo orgulloso me paseo,
pues llevándote á tí, para mi dicha
es el mundo pequeño.

No creáis que el que así se lamentaba
era un galán, que enamorado y tierno
quería contemplar de alguna joven
sus brazos y su cuello.

Hablaba así un cesante (que tenía
empeñado el gabán), en el momento
de pasar silencioso y aburrido,
por la casa de empeños.

J. RODA O

Goplejas

Por Dios, no me jures
tontunas en vano,
que aquella traidora que tanto juraba
después me ha olvidado.

Gitana, gitana
de negros ojazos,
recordando tus gracias me digo:
¡Quién fuera gitano!

En una casita azul
es donde vive mi anhelo,
casita que en ocasiones
se confunde con el cielo.

Pensando en lo mucho
que sufre mi pecho,
de mi boca tan sólo se escapan
suspiros y besos.

Que soy formal asegura
constantemente tu madre,
Que soy formal... ¡pero solos
no nos deja ni un instante!

ALFREDO LÓPEZ ALVAREZ

Amores de «chapeau»

...Era una mujer divina,
una casada adorable,
joven, linda y tan amable,
que se *pasaba de fina*.

Atravesando por todo,
la declaré mi pasión,
mas la ingrata ¡oh decepción!
se me *fué por un recodo*;

á efecto de mi firmeza,
tras mucha *tiza* y *parola*,
por fin y por *carambola*
se *entregó* la fortaleza.

Con táctica nada escasa,
en distintas ocasiones
supe buscar los *rincones*...
los rincones de su casa;

mas como el amor y el fuego
no se pueden ocultar,
llegó el marido á notar
aquel peligroso *juego*;

y según bien de aquí arguyo
y cualquiera se hará cargo,
el *juego* aquel, sin embargo

no fué muy del gusto suyo;
pues, como buen militar
que era el citado marido,
dijo muy enfurecido
me quería *fusilar*.

Ante amenaza tan fiera
de mi atroz *contrario* huía,
(lo que, en *chapeau*, se diría
meterse en una tronera.)

Hice *pifia*, bien lo ví,
con mi *suerte* malhadada,
hice una *mala jugada*
y la *partida* *perdi*;

pero menos mal, si todo
hubiera aquí concluído,
pues el bruto del marido
no cedió de ningún modo,

y con fiereza sin tasa
por doquier me perseguía,
hasta que, por fin, un día
me *hizo ir con palos á casa*.

F. BALLESTEROS.

MONÓLOGO



Los hombres vividores

—MISTE, señá Gervasia, si por algo me gusta el novio de mi Cristeta es por lo vividor que Dios le ha hecho. Cuando una cosa no le sale, va y se mete á otra; y, dicho sea con perdón, nunca le faltará un agujero donde meter la cabeza y sacar pa mal comer unas tristes sopas de ajo.

—Pues, hija, lo que es en eso tengo yo desgracia con mi Bruno. Cuando nos casemos, el año cincuenta, dijo que no nos faltaría trabajo; pero se quedó corto, porque lo que no nos faltan son trabajos. Ya se ve, no sabe hacer más que rabeles, y claro está, en cuanto que se pasa la Noche-buena ya tiene usté á mi hombre parao mayormente.

Este diálogo, no cogido al vuelo (como dicen algunos, confundiendo los diálogos

con las moscas), sino llegado á mis oídos por casualidad, me ha hecho pensar en la virtud de algunos hombres que son de suyo emprendedores ó vividores.

Hay algunos que lo son porque lo tienen en la masa de la sangre.

Otros por pura ambición.

Muchos por verdadera necesidad.

Vemos hombres que, á fuerza de ser emprendedores, logran reunir pingües caudales, acariciados por la fortuna, mientras otros emprenden muchas profesiones para ir viviendo nada más, y suelen triunfar de su mala estrella con no poco trabajo.

Entre los vividores que pudiéramos llamar *cucos*, hay ejemplares notabilísimos.

Sugeto conozco yo que no hace en este mundo más que lo siguiente:

Tiene á su cargo una portería.

Lleva la contabilidad en una sociedad minera moribunda.

Fabrica mantecadas y pestiños.

Cobra los recibos de no sé qué congregación.

Es guardia del Ayuntamiento.

Da lecciones de guitarra.

Por la tarde acomoda al público de las gradas en la Plaza de Toros, y por la noche al del paraíso en el Teatro Real.

¿Se puede pedir más á un hombre?

Muchos hay así; pero predomina el número de los holgazanes. Y no me refiero á los vagos de oficio, sino á los caballeros que, cuando quedan en la calle, se dedican solamente á buscar personas que pretendan su reposición, á mirar los escaparates y á repetir aquello de: «No siempre la suerte ha de ser adversa; Dios nos protegerá; cuando una puerta se cierra otra se abre,» y otras frases de repertorio muy recomendadas para estos casos. Pero no hacen más. Sólo suelen ser emprendedores para emprenderla á salazos con los amigos, hasta que vuelven á pescar una credencial.

Algunos, con más voluntad que conocimientos, darían, no un dedo de la ma-

TRANSFORMACION

por
M. González.



De cómo una polla



se va deformando



y poquito á poco



se convierte en gallo.

no, sino las propias narices, por saber tocar la trompa ó hacer juegos malabares mientras durase la cesantía.

Pero no todas las manifestaciones de la actividad humana pueden improvisarse.

Como verdadero modelo de hombres vividores debe ser citado un tal Medinilla, exdependiente de una tienda de sedas, de la cual ¡ay de mí! es asídua parroquiana mi señora.

Esta, después de transcurridos algunos meses sin ver al hortera en el establecimiento, se le encuentra en la calle un día, con toda la cara tiznada de negro.

—Adiós, Medinilla—le dice, contestando á su saludo.—Cuánto tiempo hace que no le vemos á V. en la tienda... ¿Pero qué color es ese? ¿Se ha pasado V. á otra raza?

—No, señora. Tuve unas palabras con mi principal, y ahora estoy de fogonero en el Mediodía. Hay que agarrarse á lo que sale.

—Sí; V. es un hombre muy vividor.

—¿Qué se ha de hacer? ¡He sido tantas cosas!... Comencé de cajista; me fué mal y me decidí por la pastelería; luego serví en la brigada sanitaria; después puse fábrica de buñuelos, porque tenía vocación; más tarde entré de escribiente en casa de un notario, y hasta que me dediqué á despachar puntillas y botones, estuve de segundo apunte en la Zarzuela.

La mayor parte de los padres desean para sus hijas maridos vividores.

Sin embargo, yo sé de cierta mamá, cuya hija está enamorada de un caballe-



—Voy corriendo, señorita. Le estoy dando la vuelta al carbonero.



—Pero, caballero, ¿tan mal encuentra V. que yo pretenda casarme? Mi mamá y mi abuelita lo mismo hicieron en su tiempo.

—Sí, ya comprendo; es un mal hereditario.

CANTANTES por Escaler.



1—¡Las 12 y 1! ¡2! ¡Serenos!



3—¡Gran Dio! Sono infelice



2—¡Bendita sea tu pureza!...



4—...et Dómine labia mea!...

rito que además de ser un prodigio en jurisprudencia, cerámica, numismática y teología, tiene gran disposición para los fuegos artificiales y para la cría de ostras, apesar de todo lo cual se empeña la buena señora en impedir la boda; porque dice que el hombre que emprende las ocupaciones por medias docenas, no puede valer dos céntimos en ninguna. Y tiene razón hasta cierto punto al aborrecer esta clase de espíritus emprendedores y desear un yerno que, por ejemplo, sea médico á secas, ó comerciante sin ramificaciones, ó ingeniero por los cuatro

costados.

Aparte de que la buena ó la mala suerte influye poderosamente en el destino del hombre, sea cual fuere su modo de vivir, lo mejor es dedicarse á una sóla profesión y obtener en ella honra y provecho.

Mas no siendo esto asequible para la totalidad de los mortales, es preferible ser aprendiz de todas ciencias á ser haragán de los de sable levantado, pues más vale morir de un empacho de oficios que de un hartazgo de hambre.

JUAN PÉREZ ZÚÑIGA.

Trágico cómico



EROS era el carácter de don Torcuato, porque era más celoso que un turco. Porque es lo que él decía para justificar la pasión avasalladora que embargaba su ánimo:

—Los turcos disponen de muchas mujeres, mientras

que un buen cristiano no debe tener más que una. Y si esta le engaña, no le queda, legalmente, el recurso de consolarse con otra.

Desconfiaba de su propia sombra, dicho sea sin mezcla de exageración alguna. Lo prueba que cierta noche vió su imagen en el espejo al entrar en el cuarto de su mujer, equivocando su figura, por cierto bastante antipática, con la de un rival.

Rewólver en mano registró toda la habitación, mirando debajo del sofá, de la cama y de las sillas, abrió el ropero por si el galán se había escondido del modo que se acostumbra en el teatro, y ofuscado, nada dejó que no palpara y viera. ¡Con decir á ustedes que registró las batas de su mujer por si se había ocultado en el bolsillo de alguna de ellas!

Pertenecía D. Torcuato, como lo habrá deducido el lector por estos detalles, al número de esos celosos peores que un tabardillo. Ellos viven en perpétuo martirio, pero son capaces de matar con sus ridiculeces á la infeliz que les toca en suerte.

Todas las intrigas que había leído en las novelas ó que había visto en las comedias de enredo, imaginaba que su pobre esposa las ponía en práctica.

¡Pobre, sí, porque estaba condenada al infierno de unos celos perpétuos!

Siempre estaba en acecho para averiguar por sorpresa lo que creía que le ocultaban con maña. A lo mejor examinaba minuciosamente los devocionarios por si entre sus páginas encontraba algún billete amoroso. Husmeaba por todos los rincones y era capaz de registrar hasta los forros de los vestidos por si encontraba algo que le condujera al descubrimiento de todas las tremebundas traiciones imaginarias con que soñaba.

Con estos antecedentes no era de extrañar que un día ocurriese la temida catástrofe. Cuando aquel Otelo encontrara un indicio vehemente, no habría salvación para su Desdémona.

Don Torcuato no fumaba. Desde muy joven había resistido las tentaciones del vicio que más daño causa y más avasalla. Era de los que habían desafiado impunemente las sugerencias del tabaco, aumentadas en algunos casos por los encantos de la estanquera.

Fué grande su furor cuando una noche descubrió en el dormitorio la punta de un cigarro. Aquella colilla apagada encendió su cólera. Desde la alfombra donde había caído parecía mirarle picaramente, como diciéndole con sorna: «Mira, insensato, para lo que sirve tu vigilancia. Al pie del tálamo he venido á caer para burlarme de tus suspicacias y temores.»

Sintió la misma impresión que si le hubieran abofeteado. Su deshonra era cierta; aquel testigo inmundo había quedado allí para advertírselo.

—Tiemble la esposa infiel, tiemble la infame,—se le oyó decir, parodiando el varonil arranque del protagonista de *Un drama nuevo*.

Y cogiendo con la punta de los dedos aquella punta denunciadora, llamó á su mujer con voz rujiente, que dijo el poeta.

—Ven acá, Concepción... maldita, ven y no tiembles, aunque juro por mi honor cortarte el cuello. ¿Qué es esto, pérfida?

Y le mostraba la mal oliente colilla.

—Pues eso es, una volanta, como dicen los «chaveas» en su dialecto.

—Supongo, ingrata, maldecida, que no habrá sido ningún chiquillo el que la ha dejado en la alcoba.

Y trágicamente la sacudía por un brazo, añadiendo con frase entrecortada por la ira:

—Confiesa tu delito, ó te mato. Dime quién es tu seductor ó te estrangulo, miserable.

—Vamos, Torcuato, no seas bruto,—contestaba ella, cansada de aquella porfía.—Mira que ya no puedo más. Me pondrás en el caso de dar un escándalo, de llamar á la guardia, de enterar á los vecinos...

—¿Pero niegas todavía, esposa impúdica?—segua diciéndole el arrebatado marido.—¿Quieres decirme quién ha dejado aquí este fragmento de cigarro, esta partícula de la Tabacalera? Supongo que no creerás que yo he sido.

La escena iba complicándose, cuando

la presunta adúltera tuvo una inspiración feliz. Se acordó de que en el dormitorio se había desnudado al venir de la calle.

—¿Sabes,—le dijo á su juez implacable,—que diariamente la cola de mi vestido trae multitud de desperdicios; huesos de aceitunas, chicotes, cáscaras de limón, en fin, toda clase de basuras.

—Si no es posible... Si esa competencia gratis á los barrenderos merecería una subvención del Municipio.—Y salió disparado.

Para convencerse, Torcuato recorrió la ciudad fijándose en las colas que encontraba al paso.

Al fin desarrugó el entrecejo; la calma volvió á su espíritu, y cuando regresó á su casa, dijo para desagrar á la acusada:

—Tenías razón; he visto colas que ni el carro de la policía. Y en una,—pásmate,—iba, no ya una colilla, sino hasta un colillero.

ANTONIO FERNANDEZ Y GARCÍA.

Málaga, 1892.

APUNTE DE BERNADET



La lectura de la carta.

Picadillo.

Casi todos los periódicos de Madrid esperan con ansia la dimisión del alcalde Sr. Bosch.

Porque los acontecimientos le obligan á dimitir.

Bueno. ¿Y eso qué tiene que ver para que dimita?

El es hombre de mucho pecho y de muchas circunstancias y seguramente reflexionará:

—Mi obligación, si es que tengo *cutis*, es dejar la vara en este momento, pero ¿cuando volveré á verme en otra?

Decididamente, entre el deber y el honor... lo primero es ser alcalde de Madrid.

Que de estos cargos entran pocos en libra.

Y todo porque al Sr. Villaverde se le ha ocurrido suspender los acuerdos municipales relacionados con los festejos.

El Ayuntamiento había acordado gastar en ellos 6.000.000 de reales.

¡Una bicoca! Nada, como quien dice: ¿Qué son millón y medio de pesetas para una capital tan floreciente como Madrid?

No tiene, pues, razón *El Liberal* al pedir que se suspenda y se procese á un Ayuntamiento que de tan discreta manera maneja los bienes del pueblo.

¡Pobrecitos concejales!

Como si tuvieran ellos que dar cuenta á nadie de lo que hacen con el dinero de la corporación.

¿Para qué lo ponen, entónces, en sus manos?

Y sobre todo, ¿por qué hay tontos que los elijan?

Leemos:

«En Dusseldorf (Austria) se ha verificado un duelo entre un oficial de infantería y dos artistas, con quienes se batió uno después de otro.

El lance era á pistola. Al primer disparo el escultor Trembold fué herido en la oreja y en la mano derecha.

Torminado este lance, comenzó el segundo con el pintor Periz, quien recibió un balazo que le causó la muerte instantáneamente.»

Vaya, que los extranjeros van siendo en sus duelos casi tan terribles como los españoles.

Esto hace que se le pongan á uno los pelos de punta, pensando en los lances que aquí se verifican tan á menudo.

Van al campo del honor
los combatientes serenos
y á doce pasos, ó menos,
se colocan ¡ay, qué horror!
Se oye luego una palmada,
luego un disparo sonoro,
más tarde otro; después... nada
ya se ha concluído todo.

—¡Han caído heridos! ¡Dios mío!
—clama un padrino bizarro—
¡Manan sangre!

—Desvarío,
si es que están sucios de barro.

Bien hicimos en no asegurar rotundamente que en el número de hoy publicaríamos una pieza musical.

Porque resulta que la composición á que aludimos es demasiado extensa, y como perdería en mérito al recortarla, que es lo que hubiéramos tenido que hacer, dadas las dimensiones de nuestro periódico, hemos preferido no reproducirla.

Pero lo ofrecido es deuda. Hemos prometido música y la daremos. Ya estudiaremos el modo de cumplir nuestra promesa.

Y... no sean Vdes. impacientes.

Como verán nuestros lectores, desde el presente número comenzamos á reproducir en las cubiertas las fotografías de los niños con que nos hemos visto honrados. Por la precipitación con que se ha he-

cho el tiraje no ha sido posible imprimir dichas cubiertas en varios colores, como se hará con las sucesivas.

A la puerta de un memorialista:

«Se escriben cartas al tenor de la siguiente tarifa:

- Por 10 céntimos para el interior de la población.
- Por 15 » para los pueblos de la provincia.
- Por 20 » para otras provincias.
- Por 30 » para el extranjero (entiéndase poblaciones europeas).
- Por 40 » para América, Asia, África y Oceanía.

Nota: Aquellos que deseen hagamos uso de la ortografía moderna abonarán 10 céntimos más por cada carta.

—Una limosnita por el amor de Dios —grita un pobre ciego.

Un caballero se compadece y le dá diez céntimos.

El mendigo toma la moneda y exclama con rabia:

—¡Maldita sombra! Desde que soy ciego no he visto una moneda tan falsa como esta.

Hablábase de las bondades de una dama, en cierta tertulia.

—Es muy hermosa,—decía uno.

—Y muy amable,—replicaba otro.

—Y muy caritativa. En su casa siempre se encuentra agradable albergue. Como que es una casa cuyas puertas están abiertas día y noche... no se cierra nunca.

LEON FOGOSO.

CERTAMEN INFANTIL

Hemos recibido los retratos de los siguientes niños.

Pepita, Perico, Luisito, Manolito, Fany, Carlitos, Paquito y Julio, de Barcelona.

Robertito (Santander), Luisa (Madrid) y Carlos (Lérida).

Seguiremos recibiendo las fotografías de niños bonitos que se nos remitan, hasta el día 1.º de Septiembre.

BASES PARA EL CERTAMEN

Véase el número anterior de EL DÍA DE MODA.

REGALOS: Idem., idem.

Nota bene:

Si algún padre, por circunstancias especiales no pudiera hacer fotografiar á su hijo y quisiera que figurase en el certámen, podrá pasar por la Administración de este periódico, donde le facilitaremos un vale para una de las principales fotografías de Barcelona.

EL DÍA DE MODA

PERIÓDICO LITERARIO ILUSTRADO

10 CÉNTIMOS NÚMERO EN TODA ESPAÑA 10

SE PUBLICA LOS JUEVES

Los pedidos de ejemplares á la Administración: **Aribau, 13.**—Barcelona.
Corresponsal en Madrid: **D. Antonio Fernández**, calle Mayor, puesto de periódicos, frente al café de Lisbea.

PRECIOS DE SUSCRIPCIÓN:

Series de 10 números	1	peseta.
Trimestre	1'25	»

BARCELONA—Imp. de El Día de Moda. Aribau, 13.

EL LIBRO MAESTRO

DICIONARIO TÉCNICO DE ADMINISTRACIÓN

Este diccionario técnico de administración tiene como propósito principal servir de guía y referencia para los estudiantes y profesionales del área. El contenido abarca los conceptos fundamentales de la administración, desde la definición de la disciplina hasta los métodos de control y evaluación de los recursos humanos, financieros y materiales. El libro está estructurado en capítulos que tratan sobre la organización, el liderazgo, la toma de decisiones y el desarrollo de proyectos, entre otros temas clave. Cada término incluido en el diccionario está acompañado de una definición clara y concisa, así como de ejemplos prácticos que facilitan la comprensión de los conceptos abstractos. Este recurso es esencial para cualquier persona que se dedique al estudio o la práctica de la administración en el ámbito empresarial, gubernamental o académico.

EL LIBRO MAESTRO

Diccionario Práctico de Administración

é indispensable en todas las oficinas de los

Ayuntamientos y Juzgados municipales

Para saber desempeñar el cargo de Secretario de Ayuntamiento ó de Juzgado municipal basta adquirir esta obra.

Con ella no hay necesidad de estudiar para dichas carreras en ninguna Academia.

Contiene más de 4.000 formularios para todos los asuntos en que tengan que intervenir dichos funcionarios, tan claros y terminantes, que bastaría un niño para interpretarlos.

Las atribuciones y obligaciones de los Alcaldes, Concejales y Jueces, se hallan señaladas en la obra, la que contiene al final un índice en que se indican los trabajos que tienen que cumplimentar diariamente los funcionarios, señalándoles el folio del *Diccionario* en donde encontrarán los formularios para llevarlos á cabo.

La carrera del Secretariado ofrece un ancho campo para muchos jóvenes, cuyo cargo puede desempeñarse perfectamente, asesorándose por medio de dicha obra, en la que además de toda la legislación se hallan insertos los programas oficiales y probables, para los que quieran examinarse y adquirir el título.

Los que deseen adquirirle, pueden efectuarlo dirigiéndose al Director de *El Secretariado*, en Madrid, San Mateo, 12, que lo servirá franco de porte y certificado, siempre que al hacer el pedido se acompañe su importe de 35 pesetas, en libranza ú otro medio de fácil cobro; ó bien en todas las principales librerías al precio de 40 pesetas.

Dichos precios no regirán más que hasta el 15 de Septiembre próximo (ampliando por consecuencia el terminado en 31 de Julio), pues transcurrida aquella fecha, su precio será el de 50 pesetas, en todas las expendedorías.

OBSERVACIONES.—Dicha obra consta de dos tomos voluminosos, en folio, y va fuerte y lujosamente encuadernada, remitiéndose en cajas de cartón para preservarla de accidentes que puedan deteriorarla; todo sin aumento de precio.

El que desee se estampen sus iniciales en el lomo de los tomos, puede avisarlo al hacer el pedido.